

LA ALBERCA – LAS BATUECAS – EL CABEZO

“Estar en Las Batuecas...”

El conocido dicho “estar en Las Batuecas” alude, como sabemos, a ese estado de distracción, de arrobamiento, de ensueño, en el que alguien puede caer viéndose transportado hacia un lugar apartado de la realidad. Si analizamos de forma simplista este hecho podríamos deducir que esa evasión del mundo real viene solamente de la impresión de bienestar que produce un lugar geográfico, y cuanto en él se encierra, de aspecto paradisíaco: paisajes espectaculares, vegetación abundante, aguas cristalinas, etc. Pero, como ocurre muchas veces, los dichos, creencias o leyendas que han llegado hasta nosotros no son simples inventos u ocurrencias: tienen una base real, que transmitida a través del tiempo y de las generaciones suele verse desvirtuada o modificada, fuera ya del contexto que la originó; sin embargo, pervive, más o menos escondido, su fundamento. Y eso pasa precisamente en Las Batuecas.

Sin irnos tan lejos en el tiempo como para retroceder hasta las edades del Bronce o del Hierro –en las que se datan sus pinturas rupestres–, podemos situarnos en los siglos XVI o XVII. Obviamente, los habitantes, en ese tiempo, de estas montañas, sabían de su existencia; pero fuera de ellas la ignorancia sobre el lugar y lo que allí acontecía era casi absoluta. Como muchos otros territorios de la entonces España imperial pertenecían éstos al duque de Alba. Granadilla, al sur, era el centro de poder de aquella comarca en la que estaban incluidas La Alberca y Las Hurdes. Diferentes donaciones, cesiones de dominio y otras transacciones hicieron que los valles hurdanos dependieran de La Alberca, a quien debían pagar ciertos – y abusivos– tributos. A este pueblo quedó ya asignado en propiedad comunal el valle de Las Batuecas. Los conflictos entre albercanos recaudadores y hurdanos excesivamente oprimidos por los impuestos fueron continuos hasta que en 1835 se anularon las agobiantes ataduras tributarias.

La declaración en los años setenta como Reserva de Caza supuso un cierto respiro para la fauna, que se vió enriquecida con la reintroducción de cabras monteses procedentes de Gredos y de corzos venidos de otros puntos de España y alguno importado de Polonia. Algunas especies de la fauna no cinegética encontraron aquí la tranquilidad suficiente para reproducirse y así se estableció una pequeña colonia de buitre negro en el sureste de la Reserva –que hoy día ya no existe– y alguna pareja de cigüeña negra, que aún se mantienen. El lince ibérico está presente en estos montes, aunque su situación es muy precaria y de no cambiar mucho las cosas está abocado a la extinción. Esto en cuanto a esas especies más emblemáticas o espectaculares, pero Las Batuecas acoge a una gran variedad de especies de todo tipo: el abundante jabalí, culebras de varias especies, gran cantidad de aves, varios anfibios, peces, y un inmenso muestrario de invertebrados, que a pesar de ser, en general, menos visibles, son la base de la existencia de otras especies que se alimentan de ellos. Hay, por tanto, una comunidad faunística de primer orden en estas sierras, que merece todo el cuidado y el respeto para que se prolongue en el tiempo y, si cabe, se enriquezca aún más.

En razón de todo lo antes expuesto –y de lo mucho más que queda sin relacionar– estos montes fueron declarados, primero Reserva de Caza, y desde el día 11 de julio de 2000, protegidos con la figura de Parque Natural con el nombre “Parque Natural de Las Batuecas-Sierra de Francia”.

Juan José Bautista



Entre tanto surge la primera referencia literaria que descubre y mitifica en otros puntos de España el valle de Las Batuecas. Es López de Vega el que sitúa parte del argumento de su obra "Las Batuecas del Duque de Alba", en ese lugar apartado, perdido, donde viven en estado de "salvaje felicidad" los últimos descendientes de los godos. Y ahí comienza el mito; alimentado por obras de otros autores y por una transmisión oral que contribuyen a que crezca la idea de que tras esos montes existe un ambiente lleno de paz y ausente de sufrimientos, o sea, el paraíso. Pero, a la vez, lo desconocido y misterioso también induce al miedo y a pensar que lo maligno y pecaminoso habitan allí. Consideremos que en ciertos ambientes de la época no estaba bien visto lo se sonara a falta de sufrimiento, placeres, o, simplemente, vivir tranquilos. Y eso impulsa a la Iglesia a iniciar una campaña de misiones en toda la zona. En 1599 se empieza la construcción del monasterio en el Santo Desierto de San José, en terrenos cedidos por la Casa de Alba, así como de las ermitas y la cerca que rodea una gran parcela adyacente al convento. Distintas dependencias prolongan su construcción hasta el siglo XVIII. Muchas vicisitudes ha pasado el recinto monástico: incendios, derrumbes, talas y expropiaciones, como la ocurrida en 1835 con la Desamortización. Más incendios, talas y las acciones de distintos propietarios esquilmaron los edificios y la riqueza botánica y maderera que lo rodeaba. No fué hasta 1915, cuando lo adquirieron los Carmelitas, que vuelven a venderlo en 1925 al cineasta Luis Buñuel, que lo utiliza como base de operaciones durante el rodaje de su célebre documental "Las Hurdes". En 1936 vuelve a manos de los monjes, que lo ocupan en 1937, permaneciendo hasta hoy y restableciendo la vida monástica.

Pero volviendo atrás en el tiempo vemos cómo las nuevas perspectivas traídas por la Ilustración se preocupan de desmontar las leyendas y creencias que sobre el valle existían. Y, poco a poco, aunque nunca la mitigaron, queda al descubierto la pura y dura realidad de esa comarca y sus habitantes; y, si cabe, la aún más dura de las de sus vecinos de Las Hurdes. Afortunadamente, pasado el tiempo, mucho han cambiado las cosas en ambos lados del límite provincial, que desde 1833, dejó Las Batuecas en Salamanca y Las Hurdes en Cáceres.

Paisaje, Flora y Fauna



La roca que conforma el valle, mayoritariamente, es la cuarcita. Barrancos, paredes verticales, canchales y laderas empinadas conforman un paisaje agreste, duro y de gran belleza. Este relieve es atribuible a la acción, durante millones de años, de la erosión remontante de los arroyos, la gelifracción y otros factores modeladores de la orografía.

Sobre los suelos, que pueden sufrir una acusada erosión debido a las fuertes pendientes, se asienta una comunidad vegetal característica y típica de los montes mediterráneos. Esta cubierta verde es el único freno a la pérdida de suelo y nutrientes. La presencia de determinadas especies botánicas es el resultado de las posibilidades que ofrece el suelo, más la influencia del clima. Pensemos que estamos en zona mediterránea en la que se nota claramente la proximidad del Atlántico. En laderas de solana y sobre suelos más pobres prosperan plantas de hoja endurecida (esclerófilas), como la encina, el alcornoque, el enebro, el durillo o las jaras. En orientaciones y cotas más umbrosas, norteñas o elevadas crecen los robles, brezos y pastizales. A determinadas altitudes viven matorrales con forma almohadillada, pegados al suelo, debido a la acción del viento. Y está, obligado es relacionarlo para tener una idea más clara y atinada del paisaje vegetal, la acción milenaria del hombre; el uso y manejo que en forma de incendios, explotación maderera, sobrepastoreo, etc., etc., a lo largo de siglos hemos hecho de estos montes, y que se constituye, con el clima y el suelo, en el factor más importante para entender e interpretar la comunidad de plantas que hoy vemos.

Desde siglos atrás se consideró a estas comarcas como de gran importancia faunística por la variedad y cantidad de animales que albergaban. El oso es citado en libros medievales, pero desapareció en el siglo XVIII. La cabra montés también se extinguió víctima de la caza incontrolada. Otras especies como el ciervo, el lobo, el corzo o el águila imperial también se esfumaron... Algunas, como la cigüeña negra, el buitre negro, el linco o el águila real mantuvieron -y aún, mantienen- poblaciones mínimas.

